

SALE CUATRO VECES

AL MES

Oficina: Rincon, N.º 2

# FIGARO

SUSCRICION MENSUAL

Q. 1871

Número suelto, 12 cts.

ADMINISTRADOR: CAMILO MALDONADO — TIENE EDITOR RESPONSABLE



## Las mujeres pequeñas

Las mujeres, por regla general, nos gustan sean como quieran, siempre que no alcancen la graduación de desmesuradamente feas, pero nos gustan sobre toda ponderación las mujeres pequeñas.—Las mujeres pequeñas es decir: las muchachas pequeñas, las pollas pequeñas, las damiselas pequeñas, las niñas pequeñas, las chicas pequeñas, las jovencitas pequeñas, las doncellitas pequeñas.—Por que aquí para nada queremos traer á cuento las hembras grandes, maduras y mayúsculas; no, señor, aquí tratamos solo de las que comienzan ya á despallarse, de las que principian á mirar á los muchachos, á sonotar con vigotes encrespados, á ponerse coloradas cuando las contempla un galán derroterado, y á suspirar remonismos y melancólicamente cuando se casa una amiguita.

Pues bien: ¡hay cosa mas dulce, mas apetitosa y trastornadora de sesos y de corazones que una de esas niñas, una de esas muchachas, doncellitas, pollitas, jovencitas ó damiselas que pase de los 14 ó 15, sin llegar á los 20, y que sea pequeña, pequeñita, como una perla? Vamos, querido lector, ¿no te parece ya que la estás viendo tan blanquita á tan encantada, como tu gusto, con sus ojitos preciosos, su cintura menuda, su paso mas menudo aun que su cintura, y sus blanquíssimos dientes mas menuditos todavía que todo eso, pero tan iguales, tan coquetillos, tan afiladitos y tan jugetones?

¡Eal francamente; que eso es el espectáculo mas superfino y delicado que se puede ofrecer á los ojos de cualquier individuo. En efecto, repárennos un poco y advertiremos que las mujeres magestosas espléndidas y corpulentas, si bien pueden deslumbrar al primer topetazo, en cambio no se ceclan, por decirlo así, dentro del observador, no se infiltran en él, no se volatilizan lo suficiente para penetrar en las mismísimas entrañas del hombre por todos los poros de su cuerpo y de su alma. Una mujer alta y gruesa es una mujer esencialmente terrenal, visible, material y maciza; con ella no se relaciona el mundo de las ilusiones y de los perfiles y bríncos de la fantasía.

Por el contrario, una mujer pequeña es toda esencia, espíritu, extracto de sal y pimienta, éter sulfúrico, pólvora viva, fluido imponderable. Cuando se mira á una muchacha pequeña y linda como un clavel, le parece á uno que esa muchacha es un perfume, un suave vaporito lo delicioso, y que, al mirarla está uno respirándola y tragándose la hasta las últimas celdillas de los pulmones. Y esta esencia es de tal naturaleza, que siente uno desear de golpe dolcemente á la muchacha con los dedos, como si fuera un ramito de violetas, y llevarla á la nariz para aspirarla con mas facilidad y abundancia. ¡Vaya! Cuando digo que las mujeres pequeñas son lo mas rico de este pícaro mundo!

Además que se yol pero me parece que las mujeres altas y corpulentas no son capaces de poseer una sensibilidad tan delicada, tan primorosa, y tan bullidora como las pequeñas. ¿Porqué? Por lo siguiente: En una mujer gorda y larga hay una distancia relativamente enorme desde la boca, la frente, las manos y los pies, hasta el corazón: las sensaciones externas, tienen pues que recorrer un camino de una porción de kilómetros, hasta llegar al centro volcánico del pecho. ¿Quién no conoce que un beso depositado en la punta de los dedos de una de esas mujeres debe sufrir un enfriamiento y apesamiento notables mientras á través de largas veredas corre hacia el domicilio del alma?

Para mí esta es una axioma evidente. Todo el volúmen, toda la exuberante dilatación personal de esas mozas como tiempos que á algunos les sacan de sus castillas, constituye á mi modo de ver, una especie de algamasa que se amontona sobre el alma y encierra á esta en un empareamiento tremendo, aislándola casi del resto del género humano, del aire, del campo, de las flores, de la electricidad y de la luz. El alma de esas mujeres, debe asemejarse algo á un topo adormilado en el fondo de su agujero.

En las mujeres pequeñas todo sucede al revés. Como su cuerpo es fino, flexible, ligero, chiquitito, y esponjido, como un acaucillo, el espíritu se asoma al mundo á traves de él sin ninguna molestia y sin ningun inconveniente. El cuerpo de una muchacha pequeña ya no es, pues, una fabricación solemne, un edificio, una construcción de grandes proporciones, sino un esbelto kiosko, un escarapate, un fanalito, una janiilla dorada, accesible á todos los agentes exteriores. El alma de una muchacha pequeña atraviesa, por tanto, con extraordinaria facilidad la sutil capa de transparente materia que la rodea, y sale á relucir y á tomar el aire por los ojos, por los labios, por los hoyuelos de las mejillas, por la graciosa y ondulante garganta y por toda la superficie de un cutis sarroroso, y delgadillo como una cáscara de cebolla.

De ahí debe nacer forzosamente la sensibilidad mas esquisita. El beso que, dado en la mano de una mujer y sinosa, tarda tres cuartos de hora en llegar á su esrazon, en la de una pequeña, llega por el contrario instantáneamente al rincón del alma de una muchacha pequeña, y llega ardiente y vigoroso, aunque se haya aplicado de resbalon en la punta del dedo meñique de la encantadora niña.

En el primer caso se acaricia al cuerpo; en el segundo se acaricia al alma y al cuerpo á un mismo tiempo.

Habia un andaluz que decía que él debía resguardarse de los peligros con mas esmero que los demas hombres, porque era todo corazón y por lo tanto la menor herida le mataria. Pues este cuento puede aplicarse á las mujeres pequeñas, una mujer pequeña es todo corazón, toda vivacidad y espiritualidad; en cualquier lado que se la toque se la toca al alma. Hablar á una mujer alta y gorda no es en realidad hablarla, sino echar una carta al Correo, las palabras que se le dirigen entran en ella por el buzón del oido, y solo despues de un buen trayecto acaban por aparecer en su inteligencia. Hablar á una mujer pequeña es en realidad hablarla: herirla el oido y herir en el entendimiento es todo lo mismo.

Por otra parte, las mujeres pequeñas gozan aun de privilegios todavía mas útiles, si cabe, que los que hemos espuesto. El principal de ellos consiste en que tienen mayor y mas perfecta posesion de si mismas, mas gracia corporal, mas absoluto imperio sobre su linda máquina terrestre que las demás mujeres. Espliquemos esta proposición.

Las mujeres que no tienen la dicha de pertenecer al escogido y pulido gremio de las pequeñas, se asemejan á esos déspotas dueños de territorios demasiado estensos y que por razon de la misma magnitud de sus dominios no pueden ejercer con energía su mando y vigilancia en las estremidades de su imperio hasta el punto de haber en él provincias que parecen pegadas de mala gana á las otras y que siempre intentan desmenuzarse de ellas. Pues bien: de la misma manera las mujeres zanguilargas y de demasiada longitud individual apenas son capaces de gobernar sus lejanas estremidades y se las vé marchar descoladamentes con la cabeza espantada, los brazos dispersos ó lácios y las piernas en guerrilla desordenada y vagabunda. ¿Y como ha de ser de otra manera? Como una de esas mujeres

inacabables ha de mantener relaciones constantes con todas las regiones espaciales de su persona? Como ha de mirar, como realmente suyo aquel todo que solo distingue con generos de teatro, y aquel píe de que solo puede tener noticias por telégrafo? Bien dicen que el que mucho abarca poco aprieta. [Consecuencias de la ambicion humana!]

Las mujeres pequeñas nada de eso tienen que temer. Una mujer pequeña se parece al señor de una corta heredad: no es este muy rico en cantidad, pero en cambio cuida con esmero hasta la menor palgada de su tierra, sabe el número de espigas de trigo de su cosecha, y vive entimidiada perpetua con su posesion. ¡Esa, esa es la mujer pequeña! La mujer pequeña y menudita tiene el cuerpo como recojido, reconcentrado y al fácil alcance de su vista y de su mano. Así es que ese retrechero cuerpito, siempre vijilado, nunca se descompone, ni se adelva. Todo en él marcha en armonia y á compás: el movimiento del talle juega con el de los ojos, el de las piernas con el de los brazos, el del cuello con el de las caderas.

¡Ah! ¿y no encanta á cualquiera esa fraternidad, esa concordia, ese fiermísimo consorcio? Decididamente las mujeres pequeñas son divinas, tres veces divinas. [Mujeres pequeñas, me dejaré desuaitar por vosotras siempre que lo ordenéis con esas boquitas de piñón! Soy vuestro paladín.]

Por último: las ventajas, las inagotables ventajas de las mujeres pequeñas se adueñan de cada momento y en cada situación de la vida. Cuálquier hombre, con poca facilidad á su adorada á la grupa de su caballo, si es ligera y pequeña, y vuela con ella hasta Cochinchina, pero ¿cómo manejar lo mismo á un armatoste? No se conviene que pueda ser robada por su novio una mujer grande y tallada. Una muchacha pequeña se escamotea, por decirlo así, como un duro ó una moneda de oro: á una muchacha como un castillo solo se le puede robar en batalla formal, con un escudron de bandoleros. Y un marido casado con una granadera formidable gen que apuro no se verá si á esta, en un arrebato de afecto conyugal, se la ocurre colgarse del cuello llena de alegría? Indudablemente el pobre esposo quedará derrengado para un par de meses.

No le sucederia eso, sin embargo, si su mujer fuera un cascabelillo, un dije pequeño y gracioso; entonces al mirarla colgada de su cuello, se figuraria que tenía pendiente de los hombros una coronita de rosas y de jazmines. Sobre todo es indudablemente triste la situacion del esposo de una de esas mujeres gigantescas, porque nunca consigue recrearse contemplándola en su mujer de una vez, sino que tiene á la fuerza que ir por partes y mirar ahora su cabeza, ahora su cuerpo, ahora la mitad superior y ahora la inferior. ¡Diantre! ¿y no es esa una situacion fatigosa? Por el contrario, el marido de una mujer pequeña le vé toda ella de un golpe, la contempla entera de una ojeada, como se contempla un precioso muñeco puesto sobre la palma de la mano. ¿Qué contraste! ¡qué diferencia!

¡Pero basta, basta...! porque si fuéramos á dar rienda suelta á nuestra palabra no acabaríamos nunca, y esto sería un abuso. Ya con lo dicho es suficiente para poner al lector en camino de apreciar en todo su inestimable valor á las mujeres diminutas y chiquirititas: ya hemos cumplido pues, con nuestra mision. Sin duda el asunto se prestaba á mayores esclarecimientos; pero no es de buen tono agotar las materias, á la manera del gollo que rebaña un plato como si no fuera á saborear otro en su vida; y además, un artículo en defensa de las muchachas pequeñas debe guardar analogia con ellas y no extirparse hasta lo infinito. ¡Adios, pues doncellitas en miniatura; adios alhajitas de filigrana; adios, canucitas doradas! Os beso los pies

con la imaginacion, pesados de no hacerlo con la boca.

MOSQUITO.

## “El Deber Cívico”

Mientras D. Lucas, Torrejas y De la Hiena se pavonean en el Hotel del Gallo por no se que deslica, el Deber Cívico es reemplazado por el Deber del Ciudadano, redactado, según nos cuentan por Mariano Mara, Nin Reyes y Bastarrica, que se han amparado al Decreto de amnistia con este solo objeto.

Bien venidos sean los nuevos apóstoles de la prensa!

¡Hosanna! ¡Hosanna! cantará la Bandera Radical hoy con esta nueva, en tanto La Tarde suplica á la H. C. P., por sus colegas enjaulados, por puro capricho de D. Lorenzo y de D. Fernando, y el Siglo protesta contra este atentado del Poder.

Estos demonios de periodistas tienen unas cosas—pero que cosas!

Per temor..... no sigo.

## Vaya un chiste!

Si este D. Amadeo no ha hecho pacto con el diablo, como me decía una viejecita el otro día, casi casi estoy por creer que es un SANSÓN moderno, ó por lo menos PICHONCITO.

Y como no creer esto, cuando nos viene delante un hombre tan fuerte, tan robusto, de manos, de fuerza, de tipos racionales, de pinturas y corates, de talarones, de chaquetas y otras yerbas, sin mas motivo que unas bromas que el Figaro como muchacho y tro-maméndo por tal quizá á D. Amadeo se permitió darle.

Tal es la fuerza con que nos habla en La Ortiga que mismo cree que el terror ha penetrado todos nuestros poros y que por eso esquivamos la responsabilidad de lo que él, solo él, toma por insulto, y en esta creencia, y con mas suavidad y todo lleno de compasion nos aconseja que evitemos que alguno (no él porque es muy modesto) nos dé un punta—pié y nos diga: «ANDA INMUNDICIA Á SALPICAR Á LOS DE TU ESPEQUE.»

Por lo visto (D. Amadeo) no pertenece á la especie humana, y mas nos afirmamos en esto si lo juzgamos por su nombre y nos atenemos al consejo que nos dá y hasta nos parece encontrar en él otras especies distintas, que callamos por decoro.

Podríamos, apoyados por la mas austera razon y severa lógica colgarle á este caballero y con mas propiedad todo cuanto nos atribuye, pero para no confundirlo y tañtorarlo con el cambio de decoración y por dejarlo con sus duras ilusiones para poder coa gusto seguir en adelante nuestras bromas, quedo á en el lugar que se nos presenta, esto es en el puesto que vd. mismo se coloca.

TRABUCO.

## Carta madrileña

Madrid 28 de Abril de 1871.

Sr. director del Figaro.

Mi estimado amigo:

Hace tres dias le envié mi primera correspondencia bosquejándole á grandes rasgos la situacion especial de algunos de los políticos de esta tierra de garbanos y hoy continuo mi interrumpida epistola como quien hace la reseña de una corrida de toros —Y en efecto mucho hay de comun entre la referida diversion nacional, y esa quisicosa que se llama cosa pública.

1.º Exhibicion de la cuadrilla, acompa-





GIAGNONI



PIAMONTI



*Salvini*



UDINA



PICCININI

